

Quam minimum credula postero

Por Fernando J. Cabañas Alamán

Cada año, cada anocheecer de cada 31 de octubre, cada medianoche de Todos los Santos, sus pasos le conducían hacia aquel lugar. Nunca había llegado a ser capaz de identificar la fuerza interior, oculta, que le empujaba hasta allí. Siempre lo mismo. Tras unas empujadas calles, de repente un angosto callejón a medio derruir, unas escaleras cubiertas de maleza que dejaban al menos intuir caminos temblorosos de otros tiempos, de otras décadas, de otro siglo. Siempre lo mismo. Cada vez, la misma parafernalia volvía a presentarse ante él como un nuevo reto a superar.

De sus casi 90 años de vida, recordaba cómo desde alguno más de 80 siempre había seguido un mismo protocolo, en un mismo camino, en una misma noche, hacia un mismo lugar, ante un mismo enigma... para luego regresar con la misma duda.

Sus pasos de niño ávido de experiencias le habían conducido, cuando tan solo contaba con 6 años, a acompañar a sus viejos abuelos a dar sepultura a la centenaria del lugar. Aquella tarde lluviosa, gris, llorosa, había dado origen a una inquietante tradición no exenta a partir de entonces de sensaciones macabras que desde siempre le acompañarían.

Una sepultura, una losa lisa que no mostraba inscripción alguna, una cruz que se presentaba ante sus ojos inquietos carente de simbología alguna... se habían mostrado ante sus ojos a modo de jeroglífico incapaz de ser descifrado por él. Salvo aquella figura de un ser cabrío de rasgos humanos, al que cada año algún desconocido colocaba un lazo rojo al cuello y le mostraba sus respetos con el regalo de un ejemplar de una edición diferente de un mismo libro, todo era sobrio, carente de expresión, exento de respeto a la tradición más ortodoxa del lugar.

Los años le llevaron a interrogar a ancianos del lugar, a consultar libros de enterramientos, a ocultarse tras los cipreses a fin

de averiguar quien ocupaba la sepultura o, al menos, descubrir la persona que cada año engalanaba al terrorífico ser y le condenaba a leer, releer o imaginar lo que las páginas de *Beatus ille quem vivere in locus amoenus et carpe diem* ocultaban. Pero jamás había conseguido avanzar más allá de las ligeras conclusiones a las que su intuición infantil le había llevado hacia ya demasiadas décadas.

Aquella sensación que ante sus ojos se mostraba, a partes iguales, mitad angustiada mitad retardadora e ilusionante, lo estaban consumiendo desde lustros atrás. Hasta tal punto había llegado a conocer el desánimo y a vivir la desesperación en vida, que a sus más allegados les llegó a ordenar que cuando la guadaña llamase a su puerta, fuese enterrado con un paquete de cigarrillos, un mechero, un hacha de pequeñas dimensiones y un rastrillo capaz de remover tierras



en corto espacio. Siempre había tenido la sensación de que jamás moriría en vida... pero "por si acaso", solía decir.

Aquel año, cuando la luz tenue empezaba a entrever que la noche de difuntos se haría dueña del lugar, esa misma fuerza interior condujo sus pasos hacia el mismo cementerio. Éste, a pesar de haber sido sustituido hacía muchos años como lugar de enterramiento en el pequeño pueblo del que sólo había salido en tres contadas ocasiones, era el destino de los frecuentes paseos que realizaban los ancianos a fin de ir a rezar ante las tumbas de sus mayores. Pero

aquella vez, una vez más, un nuevo año, aquel olvidado camposanto se encontraba vacío de solemnidad. Solo él con su garrote, su desánimo y su inquietud inquebrantable de niño. De repente, algo se apagó. Una luz, la luz, se esfumó. Tinieblas. Desconcierto. Desconexión.

...
Hoy, al despertar, he sentido el olor de la humedad. Algo me impide moverme. Decido quedarme quieto. Me gusta, al despertar, seguir tumbado y, tras unos minutos, levantarme plácidamente. Desde que era niño tengo esa costumbre. Pero hoy no puedo. Una ¿corbata? aprieta mi cuello. No puedo mover mis brazos. ¿Qué? ¿qué? ¡¡¡!!! En mi mano una herramienta... ¡En la otra algo más! ¿Por qué? ¡Desconcierto! Mis manos se mueven a modo de torbellino sin control...

...
Los ancianos del lugar hoy han subido nuevamente a ver a sus mayores... Ante la desconcertante tumba, el ser cabrío nuevamente muestra su flamante lazo rojo que le une mágicamente al nuevo ejemplar del viejo libro. Recuerdan cómo hace ya más de sesenta años, una mañana la tumba apareció abierta, desde dentro, dejando entrever unas manos destrozadas que luchaban por abrirse a la vida removiendo tierras, rompiendo maderas... sin éxito. Un año más la más anciana leyó en voz alta el texto grabado a oro en la losa y que ponía de manifiesto el enigma que asolaba al saber popular del pueblo: "J. P. G. Carpe diem quam minimum credula postero". Jamás nadie respondió en aquel pueblo a dichas iniciales. ¿O sí?

"¿Carpe diem?, jajaja ¡Bonita paradoja, sin duda, para aquel desconocido que la leyenda popular dice que en vida mostró su deseo de morir se cuanto antes para estar todo el día tumbado!", sentenció la abuela del pueblo. Una sonrisa, una oración y un brindis al sol en aquel amanecer del primer día de noviembre. ■